

3. Guraba-san

Nagasaki, 1859

Puso toda su atención en los pies para bajar con cuidado la pasarela bamboleante. El suelo recuperó la estabilidad bajo sus pies. Dio un paso indeciso, luego otro. Respiró profundamente, inhalando todos los perfumes y olores. Percibió fragancias que no conocía, dulces y embriagadoras, un aromático humo de madera, algo fermentado, algo amargo y oscuro, acre, y, dominándolo todo, el olor del pescado que le recordó a su hogar y le hizo reír. Se sentía ligero. El aire era cálido, los colores brillantes. La colina que se erguía delante era una franja de un rojo profundo, como si la hubieran pintado de escarlata. Todo le resultaba onírico, irreal.

A su alrededor descargaban mercancías y equipajes, cajas exóticas, fardos de seda, un pájaro de colores brillantes en una jaula. Los trabajadores eran fornidos y compactos, estaban desnudos salvo por un taparrabos y se movían rápida y eficazmente. Encontró su equipaje, un viejo y maltrecho baúl, y eso también le produjo risa. Lo vio allí, tan familiar, tan sólido, pero incongruente, fuera de lugar en aquella tierra extraña.

Por el rabillo del ojo advirtió cierto movimiento, algo diminuto y blanco. Lo miró y lo vio con claridad: una mariposa que subía y bajaba en el aire. Pero sus alas no se agitaban: estaba hecha de papel y lo que la hacía volar era el aire de un abanico de papel. Y el abanico lo manejaba una chica con una exquisitez y una ligereza de movimiento como él no había visto nunca. Se quedó mirándola fascinado. Ella levantó la mirada y la impresión de verle allí, irguiéndose sobre ella, hizo que se detuviera, se llevara el

abánico a la cara y le mirara por encima de éste. La mariposa cayó al suelo.

Él se inclinó y la recogió, la sujetó entre el pulgar y el índice, asombrado ante su sencilla complejidad, el papel casi translúcido.

Una voz, alta y masculina y con acento escocés, retumbó a sus espaldas.

—¿Señor Glover?

Él se giró y vio a un hombre de mediana edad que se dirigía hacia él a buen paso.

—Sí.

—¡Me pareció que era usted el único con aspecto de haber nacido en Aberdeen!

El hombre alargó su mano pero Glover, sosteniendo todavía la mariposa, de pronto se sintió torpe. Se volvió otra vez con intención de darle la mariposa a la chica, pero ésta había desaparecido, engullida por la multitud. Se pasó la mariposa a la mano izquierda y ofreció la derecha.

—Ken Mackenzie, de Jardine Mathieson.

El apretón fue firme, un saludo masónico, con mayor presión del dedo pulgar.

—Encantado de conocerle —dijo Glover.

Los rasgos del hombre eran duros, severos, con una cierta inflexibilidad norteña en la línea de la boca y la cara avejentada. Los ojos eran penetrantes, no se perdían nada, pero no estaban exentos de cierto humor seco. Percibió la incomodidad de Glover por su saludo y dejó que su mirada se desviara hacia la mariposa. Glover cerró la mano donde la tenía y la metió en el bolsillo de su chaqueta.

—Sí —dijo Mackenzie lacónico.

Un oficial de expresión seria se acercó a ellos seguido de dos guardias armados. Hizo un gesto en dirección a Glover y le habló a toda velocidad en japonés con un tono de voz hostil, pero con una especie de musicalidad en ella.

—Lo siento —dijo Glover—, no...

—Podría hablarle en holandés —le dijo Mackenzie—. Pero ¿dudo de que le pareciera más comprensible!

Acto seguido, Mackenzie le habló al oficial en japonés con modales sueltos y seguros. Parecían discutir, regatear. Glover los observaba como desde lejos, empapándose de la cadencia de sus voces, del ruido del ambiente. No entendía nada de lo que decían, pero una palabra se repetía sin cesar: Dejima. Por fin llegaron a un acuerdo. El oficial se inclinó rígidamente ante Mackenzie y emitió un ligero gruñido. Mackenzie se inclinó a su vez, pero de forma menos pronunciada. El oficial saludó a Glover con apenas una inclinación de cabeza. Glover asintió en respuesta y dijo:

—Bueno.

—¡Bienvenido a Nagasaki! —le dijo Mackenzie al tiempo que los guardias se retiraban para dejarles pasar.

Glover hizo intención de recoger su equipaje, pero Mackenzie dijo que se lo llevarían a Dejima.

—¿Dónde está eso?

—Me temo que es donde tendrá que quedarse algún tiempo —dijo Mackenzie—. Pero no se preocupe. Comparada con otras prisiones, no está tan mal.

—¿Una prisión?

—Es sólo una forma de hablar. Y no será por mucho tiempo.

Se abrió camino entre la gente a grandes zancadas y Glover le siguió.

La zona más próxima al puerto era un mercado, formado por tenderetes improvisados contruidos con cañas de bambú y esterillas de paja. Peces vivos chapoteaban en cubos de madera. Criaturas que no había visto en su vida retorcían y agitaban sus tentáculos. Diminutas tortugas parecían volar en el aire, pero cada una de ellas estaba colgada de un hilo y en él daba vueltas, meneando las patas. Un artista hacía dibujos con un pincel, otro puesto vendía tallas y lacados, y en el espacio libre actuaban malabaristas y acróbatas. Un anciano, su cara como

una máscara blanda, mantenía en equilibrio un plato, de canto, sobre el filo de una espada. La chica de la mariposa debía de haber salido de allí. Glover pensó que tal vez volviera a verla y miró alrededor, pero no la vio por ninguna parte. Mackenzie se volvió para mirarle, para asegurarse de que le seguía. A lo largo del paseo eran el centro de una asombrada atención.

—Los bárbaros siguen siendo una novedad —dijo Mackenzie—. Sobre todo los bárbaros altos y rubios como usted.

Un grupo de trabajadores dejaron lo que estaban haciendo y se quedaron mirándolos con rostro inexpresivo. Glover los saludó con un movimiento de cabeza, pero no le respondieron y siguieron observando. Las mujeres jóvenes que pasaban a su lado cuchicheaban y se reían ocultándose tras sus manos. Glover sonreía y hacía una pequeña reverencia, provocando que se rieran aún más. Una caterva de chiquillos los acompañaba, gritando, mientras hacían gestos de ojos redondeados uniendo sus dedos índices y pulgares delante de sus propios ojos. Glover se paró bruscamente, se giró con una fingida expresión feroz y rugió. Ellos chillaron y echaron a correr, tropezando unos con otros en su afán de huir y esconderse. Glover rió y los niños reaparecieron poco a poco y le volvieron a seguir.

Él representó el juego una vez más, se dio la vuelta y rugió, y ellos volvieron a salir corriendo. En esta ocasión tardaron menos en reagruparse y acercarse a él.

Se volvió por tercera vez, pero ahora los niños parecieron verdadera y genuinamente aterrorizados, antes incluso de que hubiera emitido ningún sonido. Se escondieron detrás de barriles y fardos de tela. Varios se tiraron al suelo y pegaron la frente a la tierra. Glover no lo comprendía. Entonces se dio cuenta de que algunos adultos se comportaban de la misma manera: retrocedían y hacían profundas reverencias, se postraban de rodillas, se inclinaban en señal de sumisión y con auténtico pavor.

Miró hacia atrás y vio una silueta oscura que se acercaba a él con el sol a sus espaldas. Se protegió los ojos del sol para ver mejor. Era un hombre bajo pero de complexión fuerte que caminaba con paso lento y en exceso altivo, con porte arrogante. Vestía una casaca gris con una correa ceñida a la cintura en la que portaba dos espadas, una larga y una corta. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta. La expresión de su cara era auténticamente feroz, y su ferocidad estaba dirigida a Glover. No era sólo cuestión de que tuviera unos rasgos diferentes. Su mirada estaba cargada de odio.

El hombre continuó su trayectoria hacia él y ladró algo que sonó como una orden con una voz ronca y gutural. Glover le plantó cara. Pero entonces sintió que una mano fuerte le agarraba del cuello de la chaqueta y le apartaba de su camino.

—Sé buen chico —dijo Mackenzie sujetándole ahora de la nuca—. Haz lo que yo haga, si no te importa.

Le hizo una reverencia respetuosa al hombre, doblándose desde la cintura, y empujó la cabeza de Glover hasta que hizo lo mismo.

El hombre pareció quedar desdeñosamente satisfecho, le echó a Glover una larga y furibunda mirada, gruñó algo y siguió su camino.

Mackenzie respiró aliviado.

—No merece la pena jugarse la cabeza, hijo. Y lo digo literalmente —hizo un gesto de cortarse el cuello—. Ese fanfarrón se hace llamar Takashi. Es lo que se conoce como un *ronin*, un samurái renegado. Son la clase guerrera. Están acostumbrados a que se les obedezca y no les gusta nuestra presencia aquí —reanudó el paso—. Hay tres cosas que tienes que recordar para que te vayan bien las cosas —las fue contando con los dedos—. No cabrees a un samurái. Mantente al margen de la política. ¡Y ten cuidado con dónde la metes!

Más adelante se detuvo junto a un puente de piedra que conducía a una pequeña isla en el puerto. Dos sol-

dados japoneses armados con lanzas de punta doblada protegían el paso.

—Bueno —dijo Mackenzie—. Ya estamos aquí.

—¿Dónde? —preguntó Glover mirando a los guardias.

—En Dejima —respondió Mackenzie—. Tu hogar para los próximos días —dijo señalando una hilera de edificios de dos plantas al otro lado de la escollera—. Está todo hecho por la mano del hombre, ¿sabes? Estos japoneses son muy ingeniosos. Lo construyeron para contener a los holandeses, para poder tenerlos vigilados.

Glover no le quitaba ojo, repentinamente exhausto, aturdido. Se encontraba en el callejón sin salida de su viaje.

Mackenzie debió de percibirlo en su cara.

—No te desanimes, hombre. Yo también pasé algún tiempo aquí nada más llegar. Está bien. Y los guardias están más que nada para protegerte a ti.

—¿Protegerme de qué?

—Ah, de los asesinos, de los bandoleros, de los *ronin* como nuestro amigo Takashi.

Se dirigió a los guardias, otra vez en su ágil japonés. Los soldados se inclinaron rutinariamente y les dejaron cruzar la verja de hierro que daba paso a la isla. Una única calle de unos cien metros, polvorienta y llena de baches, recorría el lugar de un extremo a otro. A un lado estaban los edificios de dos plantas que se veían desde la orilla, de estilo europeo, hechos de madera, con contraventanas verdes con la pintura estropeada y descolorida. Al otro lado había almacenes, un colmado. Mackenzie acompañó a Glover a su alojamiento, una amplia estancia en la segunda planta. Una pequeña ventana daba al puente que acababan de cruzar y que los unía a tierra firme.

Mackenzie le dijo que le iba a dejar, que a Glover le vendría bien descansar. Le pasaría a buscar por la mañana para llevarle a su lugar de trabajo y ponerle al día.

—Estaré esperando —dijo Glover.

—Hay un club enfrente —dijo Mackenzie—. Un barucho con pretensiones que despacha cerveza holandesa tibia. También sirven comida, o algo parecido. Mañana te conseguiré un anticipo de tu salario. Por el momento, deja a deber lo que quieras.

—Gracias.

Mackenzie se paró en la puerta.

—Ah, y por lo general suele haber señoritas de la ciudad que ofrecen diversión. Así que ten cuidado, no pierdas la cordura y recuerda lo que te he dicho antes.

—Así lo haré, señor. Sí.

Oyó los pasos de Mackenzie bajando los escalones de madera. Y volvió a sentir aquella opresión. Se encontraba solo en aquella habitación angosta que olía a moho, a tabaco y a humedad. Observó lo que le rodeaba: la cama estrecha pegada a la pared; encima de ella, torcido, un cuadro enmarcado de un barco mercante; una mesa pequeña y una silla de cocina; encima de la mesa, una palan-gana de barro y un cántaro lleno de agua.

Abrió las contraventanas, se asomó y vio a Mackenzie que cruzaba el puente, saludaba a los guardias y desaparecía entre la muchedumbre sin mirar atrás. Glover, vencido por el cansancio, se quitó las botas y se tiró en la cama. Ésta crujió. El colchón era duro, relleno de paja. Descansaría unos minutos.

*